

Dos iniciativas femeninas

(En Revista *Lucha Antituberculosa* 1901-2)

Casas de familia y niñas guardianas de sala-cunas

Es utopía pensar por el momento en medios prácticos para que la mujer abandone el trabajo fabril y se dedique al cuidado de su interior, esposo e hijos. Trascurrirá aún mucho tiempo antes de modificarse el estado actual y de que se vislumbre para ella esta perspectiva. Sólo sucederá cuando el salario del obrero sea bastante elevado, para satisfacer las necesidades de su familia. Mientras falten mejoras fundamentales, sociales y económicas, no queda otro recurso que aliviar en lo posible su situación.

La mujer obrera casada debería cobrar en realidad dos salarios con los quehaceres domésticos que realiza. Debería pagar a otra mujer, si por enfermedad o exceso de trabajo en el taller no pudiera atender su casa. Se calcula –desde las 4.30 a. m., hora en que se levanta para estar a las 6 en el taller, después de haber preparado el desayuno, arreglado su casa, vestido a sus hijos, etc. ... hasta las 9 de la noche, después de haber limpiado las vajilla, cosido, lavado, etc., - que ha trabajado 17 horas sin interrupción.

¿Cuánto tiempo resistirá a este recargo de trabajo, máxime cuando desempeña a veces en los talleres trabajos musculares que deberían reservarse a hombres? ¿Cómo no será víctima de la tuberculosis si ésta ataca principalmente a los agotados y sin fuerzas para luchar?

Una feminista, de ésas que no se contentan con sentarse a su bufete y escribir resúmenes más o menos bien hechos de ideas ajenas, la señora alemán Lily Braun, amiga sincera de las obreras, encontró el medio de retirarles las tareas domésticas sin afectar su erario.

La casa de familias, construida por una sociedad cooperativa, la primera de su sistema, se levanta ya en los alrededores de Berlín.

En ella se alojarán treinta familias, y en vez de treinta fogones prendidos a la hora de la comida, de treinta pucheros o asados, de treinta obreras cocinando presurosas al regreso de la fábrica, una o dos mujeres en el piso bajo atenderán una sola olla, una sola comida para las treinta inquilinas, una sola mujer después de la comida lavará la

loza. Tendremos menos gastos, pensó la señora Braun, con un solo fuego, comprando por mayor los alimentos y de este modo pagaremos las sirvientas.

Así, la obrera tendrá una jornada casi igual a la de su marido, economía de tiempo, de salud, comidas bien hechas, servidas con puntualidad, alojamiento salubre, con azoteas dispuestas para los niños, etc.

Sería envidiable ese resultado para nuestras obreras argentinas, recargadas de familia.

No se encontraría en esta capital un ingeniero o arquitecto honrado, de los que garantizan no sobrepasar el presupuesto presentado, que podrían elaborar un proyecto de este género, de manera a garantizar a los capitalistas un interés de 6 a 7 por ciento? Pero, me ocurre que encontraremos cien ingenieros... y ningún capitalista. ¡Qué obra tan humanitaria, sin embargo, si se levantaran cerca de las fábricas las futuras habitaciones de obreras, en las que se podría hacer el servicio doméstico completo de limpieza, lavado de ropa, librando a esta mujer, a esta madre, de la tarea inhumana bajo la cual se doblega!

Es de admirar como las mujeres inteligentes trabajan en el extranjero, en la realización de sus ideales, alcanzando a recolectar las sumas necesarias para convertir sus iniciativas en elocuentes hechos! ¡Qué satisfacción experimentarán contemplando las obras benéficas levantadas por su voluntad, su coraje, la fe, que lograron también comunicar a los que las ayudaron!

Sabido es que una gran causa de debilidad en el niño proletario es debida a la falta de lactancia materna. La madre, obligada a concurrir al taller, deja el niño librado a una alimentación fantasista, suministrada por la guardiana, la hermana mayor, la abuela, etc.

En otros artículos publicados en este diario, he tratado de probar que uno de los medios a oponer a la excesiva mortalidad infantil es la creación de salas-cunas industriales. Mucho me ha seducido el proyecto de las Dras. Edward-Pilliet y Gaporiau, que obtuvo la sanción del Congreso de Higiene de París.

Las salas-cunas para niños pobres estarán anexadas a las escuelas primarias de niñas

Sin embargo, se puede llegar a mayor perfección. Para aumentar las fuerzas del niño, del porvenir de la raza, en fin, para seguir la ley natural, debemos tratar de obtener la lactancia materna. Sólo lo con-

seguiremos teniendo los niños cerca de las madres. Sería más natural que las niñas fueran por turno a la sala-cuna, que las obreras, ya tan recargadas de trabajo, a llevarles los hijos antes de ir al taller. Además, las salas-cunas comunes suministran leche maternizada o esterilizada, que no equivale a la de la madre. Es necesario tener en cuenta que la proposición de las referidas doctoras se ha hecho en un país donde, por desgracia, la lactancia materna es excepcional. Pobres, ricas, de fortuna mediana, las mujeres no crían a sus niños. La sala-cuna industrial contribuiría, pues, a conservar las buenas tradiciones, la noble costumbre que hace e la medre argentina la nodriza de sus hijos, pudiendo ella servir de modelo a muchas madres europeas.

La vigilancia de las salas-cunas encomendadas a niñas de escuelas graduadas de sexto grado, no puede menos que agrandar a los corazones femeninos. Ellas harían así su aprendizaje de madres, como el médico hace el suyo en el hospital, prestando servicios a sí mismas y a las demás. Allí aprenderían la higiene de la infancia y quizás el amor a esa carne de pobre. No sufrirían los niños de obreras de gastro-enteritis y empachos: más tarde, las madres ricas sabrían cuidar de sus hijos con inteligente experiencia.

Por los dos lados seguramente disminuiría la mortalidad infantil. No nacería entre la pobre cuna y las suaves manos de la joven guardiana la simpatía soñada por los altruistas? A los quince años, el egoísmo no echa aún raíces muy profundas y vendría naturalmente a la mente de la joven este pensamiento: “Fui pequeña y débil como esta criatura, incapaz de hacer obra buena o mala, y colmada de bienes. Ella es ya desgraciada, castigada como culpable y, sin embargo, es inocente, como yo lo era”.

Recuerdo con satisfacción que, hace diez años, escribía en La Revista de Higiene Infantil, órgano del Patronato de la Infancia (página 660) bajo el seudónimo de Miriam, las palabras siguientes, inspirada entonces más bien por la sensibilidad femenil, que por el razonamiento de hoy. Hacía que hablara un padre a su hija, deplorando el modo de enseñanza dada a las niñas, que deja a un lado lo más esencial: la ciencia práctica del hogar:

“—Os enseñan lo superfluo en detrimento de lo necesario. Ocupáis en eso los años más bellos de vuestra vida. Estáis en el mundo para ser madres, y las maestras lo olvidan. Sean religiosas, sean laicas, no quieren abordar el tema: a ellas han confiado vuestra pureza y creerían empañarla. ¿Cómo esas maestras, tan persuasivas, tan hábiles cuando

se proponen llegar a ciertos fines, no han encontrado el medio de enseñaros vuestros futuros deberes, sencillamente por el amor al niño?

“Sí; deben haceros amar los pequeñuelos, llevándoos por turno a las salas-cunas, confiándoos a esas criaturas para aprender a criarlas, a conocer el principio de las enfermedades infantiles, a evitarlas, a distinguir los temperamentos, a discernir lo útil y lo pernicioso en la lactancia. Asistirías a la visita diaria del médico y reemplazarías, para todo, la madre pobre ocupada en su trabajo.

“Los niños pobres asistidos por niñas ricas, la bondad sensible y pura de la joven puesta al servicio del hijo del proletario!...”

Si un día este proyecto se llevara a cabo-y es probable, siendo tan lógico- ¡cuántas mujeres, cuántas solteras privadas de amor no enviarán a las alumnas cuidando y acariciando a esos niños!”

Las veo, entregándolos, al fin de la jornada, con prolijo cuidado, entre sonrisas y mimos, en los brazos de la madre agradecida.

¡Actos sencillos, que ligan unas a otras -madres pobres y guardianas gentiles- con más fuerza que muchos vínculos, acto más elo-cuente que muchos discursos, atrayendo entre sí las que tanto cuesta hoy acercar!

Esas salas-cunas representarían para las niñas de familia una escuela de bondad e higiene. Hacen falta en todo sentido.